

Juan Goytisolo: Exiliado y refugiado de la lengua

El exilio político cruza todo el siglo XX. Como componente ético y estético, hizo acto de presencia en el Romanticismo. Rafael Argullol analiza en *El Héroe y el Único*, el sentimiento del artista romántico de ser un exiliado en la tierra¹. La tendencia se agudizó durante el *fin de siècle* y llega su cenit en los inicios del siglo con las vanguardias históricas. Ya en su ensayo sobre Baudelaire, Walter Benjamin apuntaba que el artista, pintor, escritor o un simple dandy, se hallaban apartados de una sociedad que no podía o no quería entenderlos². El artista no encontraba su papel dentro de la sociedad; la senda que se había iniciado en el siglo anterior lo había apartado de la función social que hasta ese entonces había tenido. En una sociedad eminentemente utilitaria que rechazaba todo aquello que carecía de una clara utilidad, el artista pasaba a ser una simple pieza decorativa dentro de un decorado dominado por la ciencia y la tecnología – en una época en la que no podía nadie sospechar el demencial desarrollo tecnológico que iba a producirse en el siglo siguiente.

No me cabe la menor duda de que esta situación contribuyó a que el artista, pero más en concreto el escritor, optara por un papel más comprometido dentro de la sociedad en algunos casos, y que le acercaba a la función social que había tenido anteriormente y que aún se mantenía en algunos países. Bien es cierto que ya cumplían dicha función – y ahí está el ejemplo de Voltaire – pero también es cierto que en el siglo XIX, los escritores procuran combatir su desaparición social mediante el papel de conciencias o guías públicas. La consecuencia más normal es su enfrentamiento con el gobierno de turno por muy democrático que dijese ser. El escritor era la conciencia impertinente o intempestiva de las sociedades pues se ocupaba de analizar los actos sociales y de exponer públicamente sus opiniones razonadas – algunos casos había, y aún hay, en que la explicación carecía

1. *El Héroe y el Único*, Barcelona, Destino, 1990.

2. «El país del Segundo Imperio en Baudelaire», *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid, Taurus, 1993, pp. 21-120.

de todo razonamiento y tomaba la forma del sermón e incluso otros en que el intelectual se aliaba con el poder existente para justificar sus atrocidades, algo que era mucho más sangrante en el caso de las dictaduras y el notorio silencio de algunos escritores.

Hay quien podrá pensar que en este nuestro mundo, el mejor de todos, el único posible, el escritor no tiene por qué exiliarse, situación que pertenece a un pasado anterior a este nuestro presente momento, perfecto en sí mismo. Los testimonios que la revista *Autodafé* recoge en su primer número desmienten tan optimista, y errónea, visión³. De entre todos, me ha llamado la atención, para el propósito de este escrito, la reflexión del escritor kurdo Mehmed Uzun: “Perder el tiempo en los lugares cerrados del exilio en la periferia de las grandes ciudades, rememorando eternamente las maravillas y las glorias del pasado (...) El *welatê xerîbiyê* [separación del país natal y sus raíces, el tener que vivir en un país desconocido, el olvido, la nostalgia] se ha convertido por desgracia para nosotros, los kurdos, en el centro de nuestro trabajo cultural e intelectual, en una patria”⁴. Entre las muchas consecuencias que el destierro tiene está el extrañamiento de la realidad y una vida en el nostálgico recuerdo de lo que fue y ahora es solo soñado como estática estampa fijada para siempre.

En el mismo número de la revista, Antonio Tabucchi plantea otra cuestión fundamental: la lengua del escritor, el exilio lingüístico, acaso más importante que el social. La postura de Tabucchi es la del exiliado voluntariamente, y que por lo mismo elige libremente la lengua en que desea escribir. Por ello puede hablar del peligro que acecha en la consideración de “una lengua como espíritu nacional y, por lo mismo, como un colonialismo que, tras haber sido expulsado por la puerta de la historia, vuelve por la ventana lingüística”⁵. La patria de un escritor es su lengua, se ha repetido en infinidad de ocasiones, pero en su artículo, Tabucchi revela los peligros que encierra una noción así, el grado de mixtificación existente en ella y, en el fondo, la pobreza a la que conduce. Esa es la fundamental razón por la que se inclina por la aloglosia, o adopción de una lengua ajena. Como dice, “la adopción de otra lengua significa elección, libertad, vagabundeo, aventura. (...) es en *el espacio de la lengua* donde todo escritor busca simplemente su *palabra*, que está siempre ligada a una forma de viaje parecida al exilio”⁶. Las dos citas refieren una serie de rasgos que conforman los ejes de la experien-

3. *Autodafé*, 1, 2000.

4. *Op. cit.*, p. 75.

5. *Op. cit.*, p. 79.

6. *Op. cit.*, p. 80.

cia del exilio. Uno de los problemas más grandes es el empequeñecimiento de la vida y su experiencia. El exiliado, por razones psicológicas bien justificadas, tiende a encerrarse en su pasado recreando un mundo que deja de ser progresivamente el de lo que realmente aconteció para ir transformándose en otro marcado por la nostalgia y teñido por los tintes sepia del recuerdo, o por el blanco y negro, o por el rojo de la ira y la venganza o por cualquier otro color, pero, eso sí, un pasado que bascula entre la realidad que el escritor vivió y la fantasía de lo que le gustaría que fuera o que hubiese sido. El escritor va abandonando la realidad, saliendo del tiempo sin llegar a alcanzar otras costas que las de su deseo, o su desesperación, o quizá, quién sabe, perdiéndose para siempre en el mar de las ensoñaciones, mar ancho y profundo como el de los sargazos.

Por su parte, Tabucchi enfoca el exilio desde una perspectiva más íntima y esencial, lo que no significa que no tenga su raíz en lo social y de un modo u otro en ella revierta, pero su naturaleza es sobre todo personal. La lengua nos viene dada desde el nacimiento por nuestros padres y por la sociedad en la que vivimos. A partir de ahí podemos considerarla como un extraordinario instrumento de comunicación – con sus infinitos matices y posibilidades de expresión – cuya naturaleza es cambiante y surgida de una serie de azares, o podemos verla como la esencia inmutable de un pueblo en la que se condensan todos los valores del mismo. En este segundo caso, el cambio de lengua – si es libre y no impuesto por emigraciones o políticas gubernamentales – resulta un acto de infinito coraje pues supone enfrentarse a uno de los más arraigados mitos culturales. Renegar de la lengua materna es abjurar del país y la sociedad que te vio nacer, aquel al que todo le debes y que todo te ha dado.

Una mirada sesgada, esto es, centrada solo en los resultados, admitirá que el exilio ha sido, en algunos casos es, y quién duda que seguirá siéndolo en el futuro, muy productivo en literatura, pues los escritores que han tenido que exiliarse descubren nuevos caminos en sus vidas que enriquecen sus obras. No se trata únicamente de que adquieran un conocimiento de primera mano y más profundo con nuevas lenguas y sus respectivas literaturas, la distancia que se ven obligados a establecer con la suya propia les revela matices desconocidos, recuérdense los casos de Luis Cernuda o Juan Goytisolo. Ahora bien, si la mirada atiende a la persona antes que a la obra, no podemos negar el hondo sufrimiento de tener que abandonar su tierra por cuestiones políticas.

El exilio obliga a encontrar un refugio, y si no olvidamos que el exilio no tiene por qué ser físico en exclusiva, podremos entender en su totalidad

el verso de Saint John Perse: "Habitare mi nombre"⁷. Habitar el propio nombre es habitar la lengua, pero es también hacer de la lengua la identidad propia, saberse hecho de la infinidad de voces que la conforman al surcarla, reconocer lo que tiene de identidad múltiple sin esencia. Esa fue la intención primigenia de algunos escritores de los inicios del siglo XX, pues ¿cómo se entiende si no la obra y la vida de Fernando Pessoa?

Resulta poco menos que imposible, y está más allá del esfuerzo titánico, la lectura de todo lo que se ha escrito sobre el exilio y la literatura, pero hay algunos libros que sí me han ayudado en estas reflexiones. El primero es el de Paul Tabori, *The Anatomy of Exile*⁸, el excelente ensayo de Claudio Guillén, "El sol de los desterrados"⁹, y la monografía de Paul Ilie, *Literatura y exilio interior*¹⁰, sin olvidar el breve ensayo de uno de los más interesantes críticos de la cultura, también él por razones políticas exiliado, Edward Said, «Reflections on Exile»¹¹.

Como bien ha señalado Benedict Anderson en *Imagined Communities*, y ya he apuntado antes, el lenguaje y su reconstrucción por parte de los lingüistas ayudó a que los nacionalismos adquirieran su forma¹². No debe extrañar que los gobiernos hayan unido cultura y lenguaje, y a su vez estos dos conceptos a un modelo de sociedad muy concreto, aquel que se equiparaba al concepto de nación. Para los nacionalismos, la identidad cultural se encontraba codificada en un primer momento en el lenguaje. Como dice Eric Hobsbawm al analizar el tema, el lenguaje se convertía en el alma de la nación¹³. El lenguaje se transformaba en el patrón de medida estándar por el que cada individuo medía su adecuación a los valores nacionales. Las afirmaciones de toda laya corroborando la superioridad de las respectivas lenguas nacionales fueron moneda común a finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte. Sería muy difícil, por no decir algo imposible, encontrar un solo país cuyos escritores más destacados no estuvieran de acuerdo con esto.

7. «Exilio», *Poesías*, Barcelona, Lumen, 1988, p. 115.

8. Paul Tabori, *The Anatomy of Exile*, London, Harrap, 1972.

9. Claudio Guillén, «El sol de los desterrados», *Múltiples moradas. Ensayos de literatura comparada*, Madrid, Tusquets, 1998, pp. 29-97.

10. Paul Ilie, *Literatura y exilio interior*, Madrid, Fundamentos, 1981.

11. Edward W. Said, «Reflections on Exile», *Reflections on Exile and Other Essays*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2000, pp. 173-186.

12. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1991, p. 71.

13. Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 180. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 95.

En otro sentido, el caso de Juan Goytisolo es paradigmático. Exiliado siempre a contracorriente, su figura y su obra se alzan solitarias en un paisaje dominado por la aquiescencia miedosa, acompañado de algunos pocos, insolentes y cascarrabias como él, José Ángel Valente, Guillermo Cabrera Infante o Rafael Sánchez Ferlosio. La firmeza en las convicciones, el pudor público y la resistencia ante la mediocridad pringosa que nos envuelve son señas que los emparentan; la experimentación lingüística y literaria, así como el intento de llevar los límites de lo literario más allá de las pactadas convenciones sociales son otras.

Como ha de ser lo habitual en los grandes escritores, lo social y lo literario se imbrican; de la vida sale el hilo de la ficción, al principio en la forma de reflexión teórica, sociológica y literaria, para transformarse en ficción. Así hay que entender todo el trabajo narrativo de Goytisolo, biografías incluidas. Juan Goytisolo es el autor real y el implícito, y algunos personajes son un mero trasunto del personaje propio creado.

Me interesa comenzar por su exilio. De un hecho ni accidental ni ocasional, pero en un principio no buscado – ¿podríamos pensar en que Goytisolo sería un exiliado si hubieran sido otras las circunstancias políticas en España en la década de los cincuenta? –, de un hecho casual, al menos en lo que a su vida se refiere, Goytisolo deriva una forma de ser e incluso una poética. El exilio supera su simple ser un acontecimiento biográfico para ser una constante en la historia de España y una rebeldía continua, porque al final lo que viene a decirnos es que sólo en la permanente rebeldía y en la distancia, o en el exilio, es posible una vida comprometida y auténtica; una vida en permanente crítica con los valores establecidos.

Su exilio le lleva a identificarse con los escritores exiliados José María Blanco White y Luis Cernuda, sin duda los dos casos paradigmáticos. Ya en 1967 con la publicación de *El furgón de cola*, da muestras de su interés por Luis Cernuda, y Larra, pero es en sus más personales ensayos de *Disidencias* o *Crónicas sarracinas* donde establece su corpus de marginales. Es, no obstante, en el prólogo a la *Obra inglesa de D. José María Blanco White* (1972) donde se extiende en sus ideas acerca del exilio, en concreto el sufrido por los españoles¹⁴. No debemos olvidar tampoco que los ensayos literarios de Goytisolo tienen como intención siempre subyacente el establecimiento de un nuevo canon, en el que las tradiciones españolas silenciadas, esto es, la musulmana y la judía principalmente, pero también la de los ilus-

14. Juan Goytisolo, *Obra inglesa de D. José María Blanco White*, Madrid, Alfaguara, 1999. Las citas irán siempre referidas a esta edición.

trados y librepensadores, adquieran el protagonismo que hasta el momento se les ha negado, y así lo apunta en las palabras iniciales de "Presentación crítica de J. M. Blanco White"¹⁵. El problema del exilio está en estrecha concomitancia con el de la identidad de España, para Goytisolo – y no solo en la presentación. En un ensayo de *Contracorrientes* (1985), "Abandonemos de un vez el amoroso cultivo de nuestras señas de identidad"¹⁶, Goytisolo vuelve a incidir en lo mismo. La identidad de España es, como dice en la presentación, una lucha contra los demonios, lo ajeno, lo extranjero que busca aniquilar el ser español. Y esta lucha, o quizás cruzada, la llevan a cabo los españoles con la resistencia y terquedad del que tiene una misión que cumplir. Blanco, y con él el resto de los exiliados a lo largo de la historia, se han visto forzados a marcharse porque su pequeño proyecto literario, o vital, o político, chocaba de frente con la mencionada identidad. Blanco es, al contrario, el ejemplo de un español que no se apega a los rancios tópicos ni a las inmutables señas de identidad.

El exilio, para Goytisolo, tiene que ver con esto, con el rechazo de todas aquellas características que fijan a la persona para siempre y le impiden la demostración libre que permite la energía de lo espontáneo. Tiene también que ver con el rechazo de la adscripción a un grupo dominante que se niega a ver a los marginados. Las señas de identidad condicionan también la lengua, de tal modo que el seguimiento al pie de la letra de las normas propias de la época solo consiguen reducir el potencial expresivo del escritor. El exilio, y está hablando de White, pero también de sí mismo, le libra de los corsés expresivos, de la vulgaridad y de las frases hechas que son moneda común en el país, y esa liberación lingüística lo es también intelectual. White puede pensar con mayor libertad no solo por la simple razón de que no vive en España y la censura no le alcanza sino porque se ha librado de las excrecencias lingüísticas y conceptuales que rodean toda expresión muerta y rancia. Éste de la lengua es un asunto que le ha interesado repetidas veces. Ya en *El furgón*, había incluido el artículo "Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva"¹⁷ en el que ensaya sobre las posibilidades efectivas que el lenguaje convencional y el verdaderamente hablado tienen para reflejar la realidad, y más en concreto la realidad particular de Cuba a través de una literatura que no imite los moldes europeos, americanos o españoles. El lenguaje hablado por la gente es el que le importa, el que está

15. *Op.cit.*, p. 15.

16. "Abandonemos de un vez el amoroso cultivo de nuestras señas de identidad", *Contracorrientes*, Barcelona, Montesinos, 1985, pp. 165-170.

17. Juan Goytisolo, «Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva», *El furgón...*, pp. 183-214.

libre de las excrecencias retóricas que la desidia, la costumbre y los intereses imponen. Este rechazo lo es también al uso bastardo que el franquismo hizo de la lengua, y que Goytisolo repite a lo largo de su obra, y no solo en sus ensayos. Es interesante observar cómo en *La reivindicación del conde don Julián* (1970) reflexiona sobre la lengua e incluye fragmentos del español que se habla en México, en Cuba y en Argentina¹⁸. “Falta el lenguaje, Julián/ desde estrados, iglesias, cátedras, púlpitos, academias,/ tribunas los carpetos reivindican con orgullo sus dere-/ chos de propiedad sobre el lenguaje/ es nuestro, nuestro, dicen”¹⁹. Como apunta en la presentación a Blanco, el lenguaje había sido ocupado por una casta que impedía el desarrollo de las verdaderas posibilidades expresivas del mismo²⁰. De ahí la pobreza lingüística y la pobreza imaginativa de la novela española. De ahí también que quienes no vivan en el centro del territorio ocupado sí que sean capaces de una mayor riqueza expresiva, y que no haya que olvidar la importancia y necesidad del alejamiento, del exilio, de quienes, viviendo en el centro, desean aun así explorar todas las posibilidades que la lengua les ofrece.

El lenguaje, o por mejor decir, cierto uso fosilizado del lenguaje es parte de las señas de identidad. El exilado, el rebelde tiene que negarse a su utilización, ha de evitar la fosilización que una idea rancia, carpetovetónica y castiza del lenguaje imprime en el habla común y en la literaria. El exiliado ha de renegar de su lengua para buscar espacios más libres en la expresión. De ahí que busque en Carlos Fuentes, Julio Cortázar o Guillermo Cabrera Infante modelos que le ayudan a romper los clisés lingüísticos que al final terminan por ser también intelectuales. Pero el exilio, el alejamiento cultural y afectivo es mayor aún en *Juan sin tierra* (1975). Los dos últimos párrafos no están escritos en castellano sino en árabe, el primero transliterado, el segundo directamente en grafía árabe²¹. Goytisolo, al igual que Blanco White que escribió en inglés, abandona, temporalmente también es cierto, su lengua materna para sumergirse en otra extranjera, y hacerse aún más extranjero, abandonando incluso de lo máspreciado para un escritor, la lengua propia.

El rechazo del castellano castizo, incluso del castellano sin más, ha de entenderse como un rechazo frontal a los usos franquistas de la lengua,

18. Juan Goytisolo, *Reivindicación del conde don Julián*, Madrid, Cátedra, pp. 260-262.

19. *Op.cit.*, p. 260.

20. Juan Goytisolo, «Presentación crítica», p. 106.

21. Juan Goytisolo, *Juan sin tierra*, Barcelona, Seix Barral, 1975, pp. 320-322.

y al poso que en ella pervive de lo más siniestro de la tradición hispana, así como el reconocimiento, valiente sin duda alguna en el momento en que se hizo, de que la literatura escrita en español más interesante durante los años sesenta y setenta provenía de Hispanoamérica, y precisamente de escritores que se habían librado de los corsés académicos, al igual que él mismo que Blanco White, al igual que ya descubría Cernuda en "Historial de un libro" (1958). El exilio es geográfico, cultural e incluso lingüístico; un caso de crítica radical a los fundamentos de la tradición hispana. Pocos autores han ido tan lejos, hasta el punto de dinamitar los cimientos en que su obra habría de sostenerse.

El exilio es geográfico y lingüístico, también literario pues la reivindicación de la tradición olvidada le sitúa en un lugar ajeno al centro. También lo es por su ruptura con las convenciones sociales respecto del autor y el lector. El extraordinario y riquísimo juego especular que encontramos en su obra en lo que se refiere al desdoblamiento, confusión, alternancia y despitte del autor real y el implícito, del Juan Goytisolo inventado para sus novelas y autobiografía, el mismo pero otro aun así, los personajes – Álvaro Mendiola, el de *don Julián*, el Juan Goytisolo de *Juan sin tierra* y el de *Paisajes después de la batalla* (1982), presunto homónimo del autor según confiesa en la novela – todos configuran un universo en el cual de la figura del autor propietario único de su Obra, se pasa al concepto foucauldiano de la muerte del autor, o al menos en el caso que nos ocupa, a la confusión, con lo cual aumenta la libertad del lector, que no se verá constreñido por lo que el autor quiso decir, que podrá recrear la obra, e incluso añadirle o quitarle, enjuiciarla y poner en acto todas aquellas actividades intelectuales que la figura del autor omnipresente desde la cubierta del libro le impide por tantas razones.

La diversidad en las figuras le lleva también a acometer una práctica apenas presente en la literatura española, la de la autobiografía, entendida esta no como mero ejercicio complaciente, sino como un duro ajuste de cuentas a uno mismo²². La crítica va más allá de la censura de lo hecho, alcanza el nivel de representación al mostrarnos el autor aquellas figuras que le habría gustado ser. Más allá de las confesiones al modo agustiniano, Goytisolo nos presenta al modo freudiano las imágenes deseadas y silenciadas durante tanto tiempo por su propio subconsciente, tras haber acometido un sutil ejercicio literario de desrealización y simbolización. De ahí que el

22. Linda Gould Levine, «¿Cómo se lee a Juan Goytisolo leyendo a Juan Goytisolo?» *Escritos sobre Juan Goytisolo. Coloquio en torno a la obra de Juan Goytisolo*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1988, pp. 3-12.

personaje del traidor le atraiga tanto, al menos tanto como el del exiliado. Recuérdese el tema de *don Julián* y las palabras de Jean Genet que lo abren: “Je songeais à Tanger dont la proximité me fascinait et le prestige de cette ville, plutôt repaire des traîtres”²³. Quizás en la obra de Goytisolo no haya tanta distancia entre las dos figuras y el exiliado sea en cierta medida también un traidor, o sobre todo un traidor. La situación extrañada, y voluntaria por otra parte, del que se sitúa en los márgenes le permite ver el mundo con lentes distintas, y la óptica juega un papel fundamental en la conformación de la mirada. Acaso la denostada traición no lo sea tanto; acaso sea un acto moral en determinadas circunstancias. Las novelas de Genet y Goytisolo en su abierto interés por el mal y por el desdén ante las convenciones burguesas han abierto una brecha que hoy día parece clausurada. Hablar, escribir en realidad, del bien y del mal hoy en día se hace desde la perspectiva de los valores aceptados y desde la posición del que los acata, máxime en los casos que tratan de algún grupo social marginado. Nadie quiere ser el malo, nadie quiere criticar de manera radical y acerba los fundamentos de nuestras sociedades, nadie quiere arrostrar el sambenito de malo. Late en ello un profundo conservadurismo. Se quieren más derechos, o los mismos derechos que los demás, pero sin plantear la desaparición de los mismos, sino la asimilación a lo ya existente, como si por el mero hecho de serlo ya fuese bueno.

En esto también ve Goytisolo un precursor en Blanco White. Luchó por combatir la ortodoxia, como apunta Goytisolo²⁴, que en su caso es la eclesiástica, pero que en el de Goytisolo es social y cultural. En el fondo, como al final de la presentación reconoce, Blanco ha sido el espejo, entre otros, en el que se ha mirado, y el ejemplo del que ha aprendido. La distancia sentimental con respecto a los españoles no existe cuando se trata de Blanco, un precursor para Goytisolo y de quien toma bastante de su rebeldía, o quizás no toma, sino que encuentra un modelo o un compañero pues es más que probable que la rebeldía no se aprenda y sea una disposición de ánimo que poco a poco surge al albur del oleaje de los primeros años de la vida.

SANTIAGO RODRÍGUEZ GUERRERO-STRACHAN
Universidad de Valladolid
Boulder, Colorado. Verano de 2005

23. *Reivindicación...*, p. 82.

24. «Presentación crítica...», p. 83.

